

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 18 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
del simpático artista

TOM MOORE

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la
tenemos cedida a la SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS
Y PUBLICACIONES, S. A. - Barará, 16, BARCE-
LONA.-Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAGUER MORA. - TOPETE, 16. - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 184

25 cts.



LA TRAGEDIA
DEL CARLTON

POR

BETTY COMPTON
Filmecca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 184

La Tragedia del Carlton

Producción dramática, de gran asunto,
interpretada por la bella artista

BETTY COMPSON

y el distinguido actor

WILLIAM P. CARLETON

—
Paramount Pictures Corporation

—
Programa Ajuria ESPECIAL

—
Exclusiva de
SELECCINE, S. A.

—
Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HARRISON FORD

La Tragedia del Carlton

Argumento de la película de dicho título

Margarita y Julián acababan de contraer matrimonio.

Los jóvenes esposos constituían una pareja muy agradable y se querían a cual más.

La luna de miel era para ellos pródiga en inefables sensaciones de dicha que prometía ser impecedera.

En plena naturaleza, en el ambiente saturado de los mil perfumes de las flores, veían los cónyuges deslizarse los días excesivamente cortos de su ininterrumpido idilio.

Entretanto, en París, en casa de Clara Foster, una mujer que ocultaba su condición de aventurera bajo la hipócrita apariencia de enamorada, recibía a dos admiradores suyos de los que, con habilidad de ser sin escrúpulos, lograba el pago, por partida doble, del importe del alquiler de la habitación amueblada correspondiente al expirado mes.

De pronto llamaron al timbre de la puerta. Clara pensó que sería su novio, y precipitadamente hizo que sus adoradores se ocultasen, así como que escondieran las botellas de buen vino que descor-

charan para festejar la ocasión de verse, cosa que ocurría muy a menudo.

Cuando consideró Clara que nada podía delatar la presencia de los dos aludidos en su casa, fué a abrir la puerta, encontrándose con que el visitante era, en efecto, su prometido, Felipe Long, teniente del ejército, enamoradoísimo de ella, y que ignoraba en absoluto la vida que la disipada mujer llevaba.



La luna de miel era para ellos pródiga en inefables sensaciones de dicha...

- Vengo a darte una mala noticia, amor mío.
 —¿Qué pasa, Felipe?
 —Debo marcharme inmediatamente. He sido llamado de Washington.
 —Pero ¿te marcharás sin mí, Felipe?
 —Es preciso. Mi ausencia no será larga; y tan

pronto como me entreguen la licencia, regresaré a recogerte.

—¿Por qué no me llevas ya contigo, y nos casamos allí?

—¿Tú lo quieres, vida mía? Sea. Mas no es posible. El vapor sale hoy mismo y tú no estás preparada. No puedo demorar mi viaje. Hay, sin embargo, una solución: tú puedes venir a reunirme conmigo embarcándote en el próximo vapor.

—¡Admirable, Felipe!

Así quedó convenido, y cuando Felipe se hubo marchado, Clara, desbordando de alegría, llamó a sus adoradores, que a pesar de ser rivales no serían nunca capaces de cometer la tontería de lanzarse mutuamente un reto, por cobardía más que por indiferencia, y prosiguió la fiesta íntima, brindando la aventurera a su propia salud, "a la salud de la novia millonaria".

Julián, que era tutor del teniente Long, dedicaba su pensamiento, al lado de su adorada mujercita, a su pupilo, y como ella se interesara por saber qué motivaba el silencio de su marido, él se sintió.

—Estaba recordando a mi pupilo Felipe, para quien desearía una mujercita tan dulce y tan buena como tú.

Margarita fijó sus ojos llenos de amor en los de Julián, y con deliciosa entonación le hizo una pregunta de mujer amante:

—Dime, Julián, ¿soy yo la única mujer a quien has amado?

Nada más lejos de la mente del esposo fiel que la remembranza de sus relaciones con Clara Foster, a la que creyera una mujer buena y de cuya maldad tuvo ocasión de convencerse más tarde, abandonándola despreciativamente. Al conjuro de

las palabras de Margarita resurgió el ayer, y Julián, para limpiar su conciencia del más tenue rescaldo ingrato, iba a hablar de aquella aventura... pero la esposa, que leía en el alma del compañero elegido por su corazón, le evitó la desagradable revelación.

—No hace falta que me digas nada. Me basta saber que ahora no puedo reprocharte nada.

—Sólo tú, en verdad, ocupas, cielo mío, todo mi ser. Sólo a tu lado, mi bien, se encuentra para mí la felicidad.

Margarita agradeció la ternura de Julián, y se mecía en la inigualable dicha que experimentaba a su lado.

Unas semanas más tarde, en Nueva York, Clara se reunía con Felipe.

—¿Te gusta esta ciudad, vida mía? ¿Eres feliz aquí?

—Estoy encantada, Felipe. Nunca te agradeceré bastante tu cariño.

—Con que me quieras cual yo a ti, estoy harto bien pagado.

—Nuestra boda va a sorprender mucho a Julián. ¿No te parece?

—Así lo creo. Guardaremos el secreto para darle una sorpresa. ¿Me prometes que no dirás una palabra de ello hasta que te avise?

—No tengo inconveniente.

Margarita y Julián regresaron de su viaje de boda, y cuando Felipe se enteró de ello, fué a visitarle, solo, dejando a Clara en una de las habitaciones que habían alquilado en el Carlton Hotel.

Durante la ausencia de Felipe, Clara, removiendo viejos papeles, hizo revivir el pasado... su aventura con Julián, el tutor de Felipe.

Y leyó varias cartas, entre otras las siguientes:

Jueves

Mi querida Clara:
¿Dónde has estado? Hace dos días que no te veo y no has contestado a mi último billete. ¿Se puede saber lo que te ocurre?

Julián.

Lunes

Mi querida Clara:
Mañana por la tarde podré escaparme un momento. A las tres te esperaré en Bellas Artes.

Julián.

Por la imaginación de la aventurera pasó la sospecha de que Julián intentase desacreditarla a los ojos de Felipe, pero al mismo tiempo rechazó ese temor ante la posesión de un arma tan poderosa como aquellas cartas comprometedoras contra el propio Julián.

Felipe llegaba en aquel momento a casa de su tutor, celebrando altamente su aparición Margarita y Julián.

Siguió a la natural expansión de los tres amigos una plática particular entre Julián y Felipe.

—Julián, quiero que seas tú el primero en saberlo. Estoy enamorado de la muchacha más dulce y linda del mundo.

—¡Te felicito! ¿Quién es esa afortunada que te ha robado el corazón?

—Una antigua amiga tuya... Clara Foster.

Julián creyó haber oído mal, pero al confirmarle Felipe la noticia, sintió el peso de la resurrección de lo olvidado por repugnante, y no pudo contener lo que en su conciencia bullía.

—Felipe, siento en el alma tener que decírtelo, pero...

—¿Qué significa tu vacilación, Julián? ¿Es de

ella de quien quieres hablarme? ¿Qué puede haber en su vida que lamentos tener que revelarme?

—Clara no es lo que tú supones.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que tú no veas en Clara a la mujer más cariñosa y más buena de la tierra, queriéndola yo como la quiero?

—No me hubiese atrevido a hablarte como lo hago, si no tuviera pruebas irrefutables de que Clara es una mujer que no te conviene... porque es una mujer mala... pero mala de veras.

—¡Julián!

—Soy tu tutor y tu amigo. Acabo de portarme como corresponde a ambas cualidades.

—¿Te atreverías a repetir tu acusación delante de Clara?

—Diré todo lo que haga falta acerca de esa mujer a quien sea y donde sea.

—Prefiero callarme lo que opino de ti en este asunto.

—¿Qué es lo que supones, Felipe?

Margarita había oído el rumor de la discusión suscitada entre su marido y su pupilo, y su aparición en la pieza donde se encontraban dió por resultado la marcha de Felipe, que no se detuvo siquiera a saludarla, cerrando violentamente tras de sí la puerta.

—¿Qué tienes, Felipe?—Inquirió Margarita.

—Nada, mujercita... Ese necío no quiso hacerme caso... Parece que quiere casarse con una mujer que me consta que no es buena.

—Para acusar de ese modo, debes tener pruebas poderosísimas... ¿no es así?

—Una acusación de esa índole no se puede hacer a la ligera... Yo conocí a esa aventurera... y puedo decir de ella lo que muchos otros que me precedieron o que me imitaron...

—¡Oh! Entonces, Julián, tienes que salvar a Felipe. Es preciso que impidas esa unión.

—Lo haré, Margarita: por amistad y por deber, conforme se lo indiqué a él mismo.

Siguió un momento de silencio. Julián y su adorable compañera se sentaron junto al hogar y su vista se dirigió inconscientemente hacia los leños que se retorcián bajo la ardiente caricia de las llamas. En el abrazo de Margarita había ese abandono de la mujer feliz al contacto del ser querido. El pasado de Julián no turbaba la paz de Margarita. Sabía que el pasado no nos pertenece, sino el presente y éste no podía ser más halagador para ella.

Felipe se había reunido con Clara, quien al percibir sus pasos en el pasillo del piso del hotel, ocultó precipitadamente las cartas de Julián que estuviera relejendo, debajo de la carpeta del escritorio, a fin de que aquél no pudiera sorprenderla en la operación de devolverlas a su sitio acostumbrado.

En el semblante de Felipe leyó Clara que Julián le había hablado de ella pésimamente, y saliéndole al paso, le desarmó por completo con sus caricias y protestas de inocencia, apenas pronunció algunas palabras que a ella le bastaron para revelárselo todo.

—¿De modo que Julián se ha portado así conmigo? ¡Ya verá cómo me la paga!—respondió fingiendo gran indignación.

Fuñonó en el acto el teléfono.

Julián se puso al aparato.

—¿Eres tú, Julián? Aquí, Clara. Seré breve en beneficio tuyo. Si no rectificas lo que le dijiste a Felipe hace un momento, diré a tu mujer todo lo que sé de ti.

Julián no se inmutó ante la amenaza. Acababa de entregar a Margarita un fajo de cartas y otro de cheques. Una de aquéllas, que Margarita leyó, decía lo siguiente, harto significativo:

Julián:

No seas tonto. El hombre que viste ayer en mi casa vino con el solo objeto de alquilar el departamento que yo he desocupado. Tú tienes la culpa por no haber mandado un cheque a tiempo.

Clara.

Así pudo replicar dignamente a la aventurera:

—Se lo conté todo a mi esposa y no retiro nada de lo que dije.

Viéndose seriamente comprometida si no recurría a medios desesperados para ganar para su causa a Felipe, Clara, interrumpiendo bruscamente la comunicación telefónica con Julián, se dispuso a combatir a éste con la víbora de la maledicencia.

—Felipe, yo pensaba no decirte nada acerca de Julián, pero es preciso que lo haga... Cuando te habla de amistad, miente... Estando yo en París, sola, sin amigos, me molestaba constantemente. Y desde que estoy en Nueva York no me ha dejado un momento tranquila. No sé cómo pudo enterarse de mi llegada. Juraría que alguien me vigila por su cuenta.

—Es lo mismo que yo me figuré. Julián te ama y pretende apartarte de mí. ¡Miserable! ¡Jamás le hubiese creído capaz de semejante vileza!

Clara se convencía de que Felipe soportaría incluso la prueba del fuego para demostrar su inocencia, y no encontraba fin a las fantásticas hazañas innobles que atribuía a Julián.

Pero Clara ignoraba que el tutor de Felipe, obrando de acuerdo con Margarita, iría personalmente a

visitarla para acusarla, como un caballero, cara a cara.

Y Julián no se hizo esperar.

Sorprendióse Clara, pero, reaccionando al momento, presta a defenderse, resistió la mirada de su acusador.

Felipe, desconcertado al ver a Julián en la habitación que ocupaba Clara en el Carlton, no acertaba a hablar; y el tutor rompió el silencio.

—Clara, esta es tu última oportunidad. ¿Quieres decirselo tú o que se lo diga yo?

Felipe se puso delante de Clara, en rápido ademán de ampararla, y dijo, severo, a Julián:

—Lo sé todo... y no sé cómo puedo tolerar tu presencia aquí.

Julián se hizo cargo de la situación creada por la propia Clara, y sin alterarse como su pupilo le informó del motivo de su visita.

—He venido a entregarte la prueba de lo que realmente es esta mujer.

Y Julián ofreció a Felipe un paquete de cartas y cheques que la acusaban de plano.

Felipe, fiando más en Clara que en su tutor, quiso dar a éste una lección, y le dijo con ironía:

—¿Te parecerá mal que yo mismo se las entregue a mi esposa?

Instintivamente, Julián retrocedió y la mano que tendiera a Felipe con los escritos y documentos reveladores, volvió a su posición normal. Y Felipe, ante el efecto que había causado a Julián la palabra "esposa" refiriéndose a Clara, prosiguió:

—Para decirte lo has venido oportunamente... Clara y yo nos hemos casado esta misma tarde.

Iba Julián a retirarse, sintiendo en el alma el lamentable error de Felipe, cuando se sintió detenido por éste. Tal vez en un gesto suyo de des-

agrado había adivinado Felipe que conocía algo en realidad desfavorable para Clara, y quiso saberlo para, en caso contrario, como se complacía en suponerlo, castigarle sin tener en cuenta lo que eran uno y otro.



—He venido a entregarte la prueba de lo que realmente es esta mujer.

—Exijo que me des una satisfacción.

—Déjame salir, Felipe... te lo ruego... Olvida el roce que ha habido entre nosotros...

—Insultas a mi esposa y hablas de unas pruebas. ¡Quiero esas cartas!

—¡No! Insisto en que me dejes salir de aquí. Te lo suplico por lo que más quieras.

—¿Qué harías si yo hubiese dicho eso mismo de tu esposa?

—¡Calla, Felipe!

—Tu mujer no es mejor que la mía... Ahora mismo me darás esas cartas o...

Julián resistióse a entregar a su pupilo las pruebas de la culpabilidad de la que era ya su esposa, y como Felipe se abalanzó a él agresivamente, se defendió, entablado los dos ruda lucha cuerpo a cuerpo en presencia de Clara, que deseaba fervientemente que Julián desapareciera para siempre de su vida.

*
* *

Unas horas más tarde, Julián regresó a su casa. Margarita le estuvo esperando ansiosamente, y al verle llegar pálido y triste, comprendió que algo grave le había ocurrido.

—¿Qué ha pasado, Julián?

—Algo muy doloroso para mí, Margarita.

Y punto por punto relató Julián a su esposa lo ocurrido entre Felipe y él.

—Hubiera dado cualquier cosa por evitar esa pelea con Felipe—terminó.

—Considero cuánto has debido sufrir. Felipe no sabe aún lo mucho que tú le quieres. En fin, olvida ese mal rato, y dejemos al Destino que se apiade de él.

Entretanto, en la habitación del Carlton, Clara recibía dos agentes de policía que ella misma se encargó de avisar comunicándoles por teléfono que Felipe Long estaba muerto.

Dichos agentes encontraron junto al cadáver de Felipe un revólver que Clara dijo que era de Julián; y a casa de éste trasladáronse en el acto aquéllos.

Clara tenía la intención de vengarse de Julián y nada haría para justificarle delante de la justicia. La declaración que ella había hecho condenaba al tutor como asesino de Felipe; y a poco de quedar sola, sobreponiéndose difícilmente al pavor de la tragedia, buscó en los papeles del asesinado, y leyó con afán algunas cláusulas de una póliza de seguro de vida.

El suicidio del asegurado, esté sano o demente, ocurrido dentro del término de un año a partir de la fecha de esta póliza, es un riesgo que no asume esta Compañía. En ese caso, el riesgo que asume la Compañía se limita solamente a satisfacer una suma igual al total de las primas pagadas.

Y Clara pensaba que nadie podría negar que Felipe había sido asesinado, ya que existía la disputa con Julián. La hipótesis de suicidio quedaría completamente descartada, y así ella podría cobrar la prima del seguro junto con los demás bienes de su marido.

Julián y Margarita seguían entregados a su dulce mutismo después de la dolorosa revelación de la pelea con Felipe, cuando los dos aludidos agentes se personaron en su casa, convencidos de que Julián era el culpable.

Introducidos cerca de los esposos, uno de los agentes, previa presentación de sus credenciales, sometió a Julián a interrogatorio.

—No le robaremos mucho tiempo, caballero. Se trata simplemente de hacerle algunas preguntas. ¿Reconoce usted este revólver?

Julián examinó el arma y sin vacilar respondió afirmativamente.

—Este revólver me perteneció, pero hacía muchos años que no lo había visto.

—Y esas manchas que tiene usted en el pañuelo? Tienen todas las apariencias de sangre; ¿no le parece?

—Me cogió el dedo el gatillo de una pistola.

Miráronse elocuentemente los agentes ante aquella ingenua declaración, y el que interrogaba a Julián prosiguió:

—De modo que hacía años que no había visto usted el revólver? Supongo que no lo verá usted desde que mató con él a Felipe Long hace media hora.

La acusación fué brusca, para el mejor efecto. Julián se abrazó a Margarita cual si temiese que la traición le echase al cuello las cadenas de la fatalidad. Margarita abrió los ojos con espanto, y con sus miradas parecía censurar el atrevimiento de aquel agente que creía a Julián un asesino.

—¿Qué dice usted?—pudo articular Julián—. ¿Felipe ha muerto?

—Le han asesinado!; Usted le ha asesinado!

—¡Yo!!; Eso es una infamia!

—Julián no pudo matarle!; Julián quería a Felipe como a un hijo!—intervino consternada Margarita.

El agente, acostumbrado a esta clase de escenas en que nadie es culpable, no cejó en su acusación, intimando a Julián a entregarse sin violencia.

—Tuvo usted un altercado con Long. La bala salió de su revólver. Tiene usted sangre en el pañuelo y ¿no fué usted?; Es inútil mentir!

Julián, presa de excitación, clamaba que era ino-

cente, y Margarita, calmándole, murmuró para que supiera que ella no dudaba de él:

—No digas nada. Ya sé yo que eres inocente.—Y luego, dirigiéndose a los agentes, díjoles:—¿Quiéren ustedes esperar a que avise por teléfono a nuestro abogado, el señor Thompson?

Aquéllos accedieron a complacer a Margarita, pues conocían al letrado que ella nombrara.

Simultáneamente, Clara era entrevistada por un repórter a cuyo conocimiento había llegado, poco después de ocurrido, el asesinato de Felipe Long, y que tenía el laudable propósito de entregar una extensa declaración de la esposa de la víctima a la redacción a tiempo de publicarse en el periódico de la noche. Sería un éxito periodístico formidable haberse anticipado en aquella ocasión al resto de la Prensa.

Aprovechando una ausencia de Clara, que fué a otra habitación a buscar una fotografía suya que le pidiera el repórter, éste, ávido de descubrir datos importantísimos, tuvo la ocurrencia de levantar la carpeta del escritorio donde Clara dejara las cartas que en otro tiempo le escribiera Julián, y se apoderó de las dos cuyo texto respectivo ya conocemos.

El abogado Thompson se reunía en aquel momento con sus clientes Julián y Margarita, y se enteraba con profunda preocupación, a solas con ellos, en tanto que los agentes esperaban a la puerta del salón íntimo, de lo ocurrido, o sea, de la pelea de Julián con Felipe; del resultado de ésta: la lectura por Felipe de las cartas de Clara a Julián, y de los cheques que éste le entregó mientras duraron sus relaciones. Clara no pudo evitar que dichos documentos fuesen leídos por Felipe, y

se consideró perdida, pero puso en juego toda su habilidad femenina para engañar a su marido.

Felipe reconoció con infinito pesar que Julián no trataba más que de salvarle del peligro que significaba su unión con Clara, y se reconcilió con él, pidiéndole perdón por haber puesto en duda su amistad.

Después, Felipe, apoyándose en la mesita escritorio de Clara, vió en un cajoncito un revólver y, apoderándose de él, intentó suicidarse, impidiéndolo Julián, que al apartarle el arma de la sien a su amigo, se cogió el pulgar de su diestra en el gatillo, hiriéndose ligeramente.

—Y después, ¿qué sucedió?—preguntó el abogado intrigado.

Felipe había prometido formalmente a Julián que no volvería a intentar el suicidio, y le dijo también:

—Iré a tu casa más tarde, pero, antes que nada, quiero hablar con ella... a solas.

Y Julián dejó a Felipe con Clara.

El abogado reflexionó breves momentos, y resumió la declaración.

—Entonces su opinión es que Felipe mintió para quitárselo a usted de delante y pegarse un tiro después que usted hubiese salido, ¿no es eso?

—Eso es lo que yo creo, en efecto.

Los vendedores de periódicos voceaban desesperadamente una noticia sensacional:

—¡Ultima hora! ¡Ultima hora! ¡El crimen de esta tarde en el Hotel Carlton!

Los agentes compraron un ejemplar del diario, leyeron la innegable acusación de Julián, e indicaron al abogado la necesidad de llevarse al detenido para conducirlo con la mayor rapidez ante el juez.

El abogado enteróse también de la noticia, y sorprendióle sobremanera el texto de la misma, que era el siguiente:

LA TRAGEDIA DEL CARLTON

"JULIÁN ROLFE MATÓ A MI ESPOSO", DICE LA VIUDA

El teniente Felipe Long, a quien se conocía por el joven más rico del ejército americano, acaba de ser asesinado por su propio tutor, Julián Rolfe, en presencia de la mujer de Long. Hacia pocas horas que habían contraído matrimonio.

Las cartas del presunto asesino a la señora Long, que a continuación transcribimos, descubren una historia de amor que se supone sea la causa del crimen:

Jueves

Mi querida Clara: ¿Dónde has estado? Hace dos días que no te veo y no has contestado a mi último billete. ¿Se puede saber lo que te ocurre?

Julián

Lunes

Mi querida Clara: Mañana por la tarde podré escaparme un momento. A las tres te esperaré en Bellas Artes.

Julián

—¿Por qué no me dijo usted nada acerca de esas cartas?—preguntó el abogado, a quien no se le ocultaba que la existencia de las mismas complicaba seriamente el asunto.

—Me olvidé de ellas... Fueron escritas en París... hace años.

El abogado le llamó la atención sobre el hecho de no aparecer fecha alguna en los escritos.

—Esto no quiere decir nada. No tengo costumbre de fechar mis cartas personales.

Margarita tomó aparte al abogado, y objetóle:

—Procede usted como si no tuviese confianza en Julián, como si hubiese pensado...

—Estoy pensando más de lo que se figura... Trato de analizar este hecho desde todos los puntos de vista.

—No hay más que un punto de vista... El de Julián... Es inocente y hemos de probarlo.

Los agentes no se prestaron a esperar más, y



Los agentes no se prestaron a esperar más, y la separación de Julián y su esposa fué muy amarga.

la separación de Julián y su esposa fué muy amarga, y al cerrarse la puerta, Margarita gritó con todas sus fuerzas que le devolvieran a su marido, desmayándose luego en brazos del abogado que acudiera a calmarla.

Julián fué encarcelado, y seis meses después, la

víspera de ir la causa al jurado, la parte acusadora y su abogado celebraban un pequeño ensayo. Según ellos, la partida estaba ganada. Clara sabía interpretar su papel de víctima a maravilla, aleccionada por su admirador el abogado, con el



...gritó con todas sus fuerzas que le devolvieran a su marido...

que haría buenas migas después del triunfo.

Margarita se acercaba a la crisis más grande de su existencia: iba a ser madre. Obligada a permanecer en el lecho, sufría horrorosamente por no

poder asistir a la vista de la causa contra su marido inocente, y estuvo rezando todo el día para que Dios iluminase a la justicia humana.

La confianza de Margarita en la inocencia de su esposo no había llegado a llenar completamente el ánimo del abogado Thompson, y a pesar de haber puesto éste a contribución todos sus recursos profesionales, Julián fué condenado. El abo-



Margarita se acercaba a la crisis más grande de su existencia.

gado de la parte acusadora supo atacar a la defensa vigorosamente, abrumándola.

Y la pena fué, de acuerdo con la ley, de muerte.

En tan apurados momentos, llegaba al mundo el hijo del inocente, al que Margarita llamaría Julián, como así se lo había dicho en una carta de

aliento, un poco antes del juicio, a su pobre marido.

*
**

Después de un año durante el cual todos los medios legales se agotaron, Margarita sintió que sus fuerzas se menguaban ante tanto fracaso. Sólo faltaban nueve semanas para la ejecución del inocente, y era fuerza cobrar nuevas energías para salvarlo.

La conducta de Julián en la cárcel era objeto de los mayores elogios, y si la simpatía bastase para absolver a un reo, de sobra se hallaría libre.

Margarita visitó con permiso especial a su marido en su encierro, y, además, permitiósele hablar con él en el despacho del director.

El hijito jugó con ellos, y por unos momentos los esposos creyeron que vivían su vida tranquila de siempre. Era indiscutible que la actitud de Julián era prueba fehaciente de su inocencia. Su serenidad era reflejo de su conciencia.

Era ignominioso, pues, que un hombre que jamás cometió daño alguno a sus semejantes tuviera que purgar un delito cometido por otro. Margarita se rebelaba contra el error que se cometía con su marido, y una idea iluminó su espíritu, comunicándola al abogado Thompson.

—Se me ha ocurrido un plan... Es desesperado, pero es el único que puede salvar a Julián. Mas es preciso que la tía Lucía no sepa una palabra de ello, porque se lo diría a Julián. Se lo diría a todo el mundo.

—¿Qué se propone usted?

—Esa mala mujer con quien tuvo mi marido,

tiempo atrás, alguna relación, no me conoce... No me ha visto nunca. Tomaré una habitación en el hotel donde ella vive. Me pintaré el rostro y me teñiré el cabello... Procuraré ganarme su confianza... y trataré de arrancarle la verdad de un modo o de otro.

Tía Lucía era una anciana pariente de Julián que hacía las veces de abuelita y dama de compañía en casa de Margarita. De modo que ésta nada tenía que temer respecto a su hijito, pues nadie mejor que aquélla para cuidarle en su ausencia.

Así, de la noche a la mañana desapareció Margarita de su casa, para transformarse en mujer "chic".

Transcurrieron algunos días sin que Margarita pudiera encontrar el medio de trabar amistad con Clara, pero por fin le halló con el pretexto de ir a pedirle una cerilla.

Clara estaba rodeada siempre de admiradores, y a la sazón había dos en su compañía.

Margarita fué elogiada por esos amigos de las aventuras fáciles, y uno de ellos se interesó vivamente por ella, rogando a Clara que procurase lograr que aceptase sus invitaciones a comidas o diversiones.

Margarita se presentó como viuda, y supo de labios de Clara que ella lo era también... porque le habían matado al marido, complaciéndole el ser tan popular gracias a lo mucho que del crimen habían hablado los periódicos.

Con el arma de la coquetería venció Margarita a los amigos de Clara, y todos se la disputaban, y cada día se afianzaba más la amistad entre las dos "viudas" amigas de la buena vida sin quebraderos de cabeza, hasta que, valiéndose de todas las

argucias de que es capaz una mujer, convirtiéndose en inseparable compañera de Clara.

Clara era extremadamente supersticiosa. Cualquier cosa sin importancia tenía para ella un valor incalculable. Un gato negro la ponía de un humor



...para transformarse en mujer "chic".

terrible. No podía sufrir que tres personas encendieran su cigarrillo respectivo, con una misma cerilla. Siempre estaba asustada, y ello no pasaba desapercibido para Margarita.

Una noche, de regreso de una opípara comida

en uno de los mejores *restaurants*, Clara, que bebió más de la cuenta, confesó a Margarita, entre risotadas propias de su embriaguez, que Julián Rolfe quería hacer ver al juez que Felipe se había suicidado..., pero que no le valió y lo condenaron a muerte. Y dijo más, comprometiéndose, pero sin dar explicaciones claras.

Por su parte, el abogado había visto denegadas



Una noche, de regreso de una opípara comida, Clara confesó a Margarita...

todas sus peticiones de prolongación de la fecha de ejecución de Julián para dar más tiempo a Margarita de arrancar de Clara la confesión de cómo murió en realidad Felipe.

Julián esperaba en vano la visita de Margarita

y veía acercarse con pasos de gigante el día de su muerte.

Tía Lucía fué a verle, quejose de Margarita, de la que había sabido que frecuentaba lugares de diversión y bebía mucho.

La angustia se apoderaba de todos los corazones. El indulto había sido denegado, y sólo faltaban veinticuatro horas para que el rigor de la implacable justicia humana cayese sobre la cabeza de un inocente condenado por las apariencias.

Margarita, decidida a hacer cantar a Clara, preparó el plan que había ideado, y durante una noche entera de jolgorio había esperado con el terror en el corazón y la sonrisa en los labios, la hora de hacer entrar a la fiera en la trampa.

—¿Qué te parece mi nueva jaula?—le preguntó al entrar en la habitación del Carlton Hotel que ocupara Clara con Felipe.

Clara se hizo atrás y exclamó:

—¡Qué susto me has dado! Aquí fué precisamente donde Julián Rolfe mató a mi marido... La cosa comenzó allí dentro...

—Me gustó esta habitación, y la he alquilado. Ignoraba que aquí fué donde mataron a tu marido.

—Sí, aquí fué..., pero Rolfe las pagará todas juntas dentro de un par de horas. ¡Vamos a celebrarlo!

Los acompañantes de las dos "viudas" se reunieron con ellas y se pusieron a la mesa.

Margarita presentó a Clara, a la hora de los postres, a un admirador suyo, como inventor, y la segunda, que desconocía esa cualidad del joven, se interesó por sus inventos.

—¿Qué es lo que usted ha inventado?

—¡Oh! Una tontería. He inventado unas espo-

sas de doble candado con las cuales los presos no podrán escapar. En el bolsillo de mi abrigo tengo un par. Voy a enseñárselas.

Clara no osó tocarlas, pero el "inventor" se las puso en las muñecas, asustándose ella, que se levantó e hizo inútiles esfuerzos por quitárselas.

Margarita, viendo la desesperación de Clara, dijo al "inventor" censurándole la broma:



...asustándose ella, que se levantó e hizo inútiles esfuerzos para quitárselas.

—¡Quíteselas! ¡La va usted a matar de miedo!

Y luego, para demostrar a Clara que ella sabía defenderla, ordenó a sus respectivos admiradores:

—¡Salgan de aquí inmediatamente! ¡No puedo consentir que se asuste de esta manera a una amiga mía!

Y Margarita abrazó a Clara, que rompió a llorar ocultando su rostro contra el pecho de su compañera.

Después, Margarita, so pretexto de ir a buscar su abrigo y el de Clara, se separó de ella, y viéndola llorar convulsivamente apoyada su cabeza sobre la mesa, le tuvo por un momento lástima, pero el recuerdo de Julián se impuso, y al poco rato



Y Margarita abrazó a Clara, que rompió a llorar.

se llevaba a la práctica la parte más importante de su plan.

Clara levantó el rostro y vió frente a sí un reguero de sangre que procedía de la habitación donde murió Felipe. Lanzó un grito. Temblando toda, acercóse a dicha habitación, empujó la puerta y vió dentro el cadáver de un hombre en idéntica

postura que Felipe al ser encontrado sin vida.

Y ocurrió lo que Margarita y la policía piensan: la confesión de Clara como culpable del asesinato de Felipe.

—¡Yo no quería hacerlo!... ¡Yo no quería matarte, Felipe!

Entonces la policía, oculta en las habitaciones, apareció y el juez del distrito de Nueva York obli-



...le tuvo por un momento lástima.

gó a Clara a declarar cómo cometió el crimen, no pudiendo negarse ésta a pesar de comprender que Margarita la había traicionado.

Lo que pasó aquel día del asesinato fué lo siguiente:

“Felipe y Julián se despidieron como buenos ami-

gos, quedando Felipe en ir a ver más tarde a Julián a su casa.

Felipe quedó a solas con Clara, a la que echó en cara su odiosa conducta, comunicándole que iba a separarse de ella inmediatamente porque era una infame.

Clara contestó a Felipe que esa separación amistosa, para evitar el escándalo, le costaría la friolera de cien mil dólares.

Felipe respondió que no le daría ni un céntimo, y como, indignado, la amenazara con mandarla a presidio si se empeñaba en valerse de malas artes, Clara, en un momento de obcecación, cegada por el dinero, empuñó el revólver que había pertenecido a Julián y con el que Felipe había querido suicidarse, y le mató de un certero tiro.”

Comunicóse con toda la rapidez que el caso requería la noticia al presidio de Sing-Sing, y fué por milagro que Julián pudo escapar a la silla eléctrica. Un minuto más y todo habría sido inútil.

El júbilo en el presidio fué general. Los mismos presos bendijeron con emoción la casualidad que devolvía a la vida a un hombre inocente.

Margarita se puso al aparato, ansiosa de oír la voz de su marido para convencerse de que aun vivía.

A Julián acababan de enterarle del éxito de Margarita provocando la confesión de Clara, y lleno de agradecimiento hacia la mujer adorada, comunicóse a distancia con ella.

—¿Eres tú, mi vida? ¡Gracias, gracias, mujer admirable, mi tesoro!

—¡Julián! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría tan grande! Ven pronto.

No pudo decir más. Desmayóse de dicha y, más

tarde, despertó en los brazos del hombre en quien puso toda su fe, que fué su salvación.

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

LE RECOMENDAMOS

la lectura del 18.º libro de la

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de La Novela Semanal Cinematográfica

EL QUE RECIBE EL BOFETÓN

Creación de los grandes artistas

Lon Chaney, Norma Shearer,

Conrad Nagel, etc.

Portada bicolor 64 páginas

Profusión de fotografías — Precio 50 cts.

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

PROXIMO NÚMERO:

La extraordinaria producción de la
PARAMOUNT, dirigida por el coloso

Cecil B. de Mille

El Señorito Primavera

Interpretación insuperable en cantidad y calidad de los artistas:

Gloria Swanson, Bebé Daniels, Wanda Hawley, Agnes Ayres, Wallace Reid, Theodore Roberts, Elliot Dexter, Monte Blue, Theodore Kosloff, etc.

32 páginas

10 fotografías

Postal-fotografía regalo:

JEWEL CARMEN

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda
España. — Precio: 25 céntimos.

En su número del 10 del corriente,

AYER Y HOY

publica:

UNA INTERVIU A LOS ESTUDIANTES EN LOS CLAUSTROS DE LA UNIVERSIDAD, reportaje que proporcionará un nuevo éxito a nuestro magazine-revista, cuyo sumario se completa con los siguientes trabajos:

LA ABUELA REBELDE (Novela corta), por Temple Bailey

EL MARIDO CALAVERA (Diálogo teatral), por Charles Darnenes.

POR LOS CAMINOS DEL MUNDO ::

CARTAS DE AMOR :: *DE LA VIDA FRÍVOLA* : *NOVELA CINEMATOGRAFICA*

CHISTES Y CARICATURAS.

El campeón español de boxeo Ricardo Alis se dirige a los lectores de AYER Y HOY

Modas :: Deportes :: Página infantil

CORAZONES DE HIELO (Novela de aventuras), por James Oliver Curwood.

·OCHO PÁGINAS GRÁFICAS!

Convéngase usted de que HAYER Y HOY es
— el magazine-revista que Vd. debe leer —

Variedad. Interés. Amenidad. ¡76 PÁGINAS! 40 CTS.

NOTA: Agotados los dos primeros números de AYER Y HOY, y habiéndose hecho un nuevo tiraje de los mismos, anunciamos al lector que puede adquirirlos en los quioscos o pedirlos directamente a nuestra Administración: Layetana, 12: BARCELONA.